

duación y no andando incorporado en el Estado Mayor del Gral. en Jefe, ni estando en el desempeño de alguna comisión que me pusiera al tanto de lo que ocurría, me era imposible referir después tales sucesos en su riguroso orden, ni menos citar fechas, puesto que estos "Apuntes" han sido escritos más de 25 años después de que tuvieron lugar los acontecimientos á que se refieren.

Después de la acción del Zapote volvimos nosotros á recorrer la línea que se nos tenía encomendada, pero desde luego pudimos notar que comenzábamos á declinar en todo. Es cierto que en esa acción no fuimos derrotados en el estricto sentido de la palabra, por más que así lo hayan hecho constar oficialmente los del partido contrario; pero la verdad es que moralmente sí perdimos bastante. (11) Desde entonces jamás tuvimos otra reunión de fuerzas tan respetable por su número como

(11) En el parte relativo á esta acción de armas, el jefe que mandaba las fuerzas enemigas, que lo fué el General Tolentino, confiesa que la lucha duró más de cuatro horas; que nuestras caballerías hicieron algunas retiradas falsas; que el cerro estaba fuertemente defendido. Ya queda dicho en la nota de la página 32 que los que defendíamos ese punto no éramos más que trece hombres, pero como estábamos perfectamente distribuidos en la cresta de la pequeña montaña, y sosteníamos un fuego hábilmente combinado á fin de no

la que poco antes tuvimos en Ameeca, y también desde entonces comenzó á manifestarse entre nuestros jefes cierto disgusto.

Por esos días tomó el mando en jefe de las fuerzas pronunciadas en Jalisco el General Pedro A. Galván, (12) y á poco nos reunimos en Cocula algunas fuerzas, entre ellas las que mandaba el Gral. Lomelí por el rumbo de

hacer un consumo inútil de municiones, esto hacía que en efecto esa altura estuviese fuertemente defendida. Y finalmente confiesa que no nos molestó en nuestra retirada, pero se excusa con decir que se lo impedía lo escabroso del terreno, lo avanzado del día y lo fatigado de la tropa. Más ó menos lo mismo asentaba el Sr. Victor Hurtado en una carta que del campo de las operaciones mandó al Lic. Ignacio Luis Vallarta, Gobernador de Jalisco en aquella época; y aseguraba que fueron desprendidas dos columnas de infantería para que atacaran por su frente y flanco izquierdo la altura que nosotros defendíamos. Aseguraba también que la lucha había comenzado á las diez de la mañana y concluido á las cinco de la tarde; y que las fuerzas del gobierno habían sido alentadas con las marciales notas del Himno Nacional. Bien visto, tales expresiones vertidas por nuestros mismos contrarios nos honran demasiado, y vienen á dar más crédito á lo que yo he venido refiriendo en las páginas de este librito. Véase la nota de las páginas 32 y 33.

(12) Cuando el General Pedro A. Galván tomó el mando en Jefe de las fuerzas pronunciadas en Jalisco, traía á su lado como ayudante (?) á un Capitán de Ingenieros llamado Joaquín Iturbe, quien estuvo en Cocula con las fuerzas de Caballería que mandaba el Co-

Atotonilco y la Barca, y las que mandaba Don Filomeno Bravo por el rumbo de Zapotlán y Colima; pero luego se notaba algun resfrío y cierta falta de unión ó de disciplina que poco á poco se fué acentuando hasta traducirse en hechos tan lamentables como el desbandamiento de nuestras fuerzas que tuvo lugar en la hacienda de San Diego. La causa

ronel Luis Labastida, y visitó Ameca y Ahualulco, de donde marchó para Talpa en donde entonces estaba nuestro cuartel general. Muy reservadamente se decía entre nosotros que dicho Capitán Iturbe no era otro que el mismo General Porfirio Díaz. No sé hasta qué punto haya sido cierto esto, porque aunque más de alguna vez pude ver á dicho Capitán, en Ameca, yo entonces no conocía al General Díaz y por lo tanto no podía identificarlo. Por otra parte, si tal versión era cierta, de ello estarían enterados sólo los jefes superiores y á los oficiales de baja graduación, como lo era yo, les era imposible que tuvieran un conocimiento exacto de los sucesos. Así es que tal versión pasó entre nosotros como otras varias, con más ó menos visos de verdad. Pero hay una circunstancia bien notable por cierto que viene á descubrir la incógnita, y es el hecho bastante significativo de que por esos días apareció el Plan de la Noria reformado en Ameca, cuyo autor era el mismo General Díaz; y cuando poco tiempo después sucedió la muerte del Sr. Juárez, el tantas veces citado General Díaz se encontraba en Tepic. Además, he tenido oportunidad de ver un nombramiento provisional ó despacho de Teniente Coronel expedido á favor de cierto conocido jefe que entonces representaba un papel muy interesante en aquellos sucesos, y tal despa-

de todo esto la ignoro, porque, repito, siendo yo oficial de baja graduación y andando lejos del cuartel general que era el centro donde se podría estar al tanto de lo que ocurriera, era imposible que todo llegara á mi conocimiento, y lo que refiero aquí es el producto de mis observaciones que fueron apoyadas en los hechos que se sucedieron. Lo que sí creo que influyó bastante en semejante malestar fué nuestra retirada de las calles de Ameca sin atacar esa población. Había mucho entusiasmo entre nuestras fuerzas para atacar al enemigo, aparte de que nosotros éramos superiores en número á la fuerza que defendía el punto; no obstante, después de tirotear al enemigo en las mismas calles de la población, y estar el grueso de nuestra fuerza tendida en línea desplegada lista para emprender el ataque general, con sorpresa vimos que se daba

cho está firmando por el General Porfirio Díaz, en Cocula, en Mayo de 1872. Por otra parte, varios periódicos de aquella época consignaron en sus columnas la noticia de que en esos días el General Díaz andaba entre nosotros, aunque de incógnito, y tal noticia la daban con ciertas reservas y algunos aun dudando de lo mismo que decían. De todos modos, en vista de estos comprobantes parece fuera de duda que el General Díaz haya estado entonces con nosotros, si bien sin darse á conocer de la mayoría de nuestros jefes ni menos de los oficiales y tropa que militábamos bajo sus banderas.

la orden de retirada. Al emprender ésta, varios de nuestros jefes, excitados sin duda por las dianas con que el enemigo celebraba nuestro movimiento retrógrado, mandaban tocar “media vuelta,” seguramente con el objeto de que sus respectivos cuerpos volvieran sobre sus pasos y atacaran al enemigo; pero la disposición superior prevaleció sobre todo y la retirada la hicimos en orden, es cierto, pero más que avergonzados y sin atinar á explicarnos la causa de aquel fracaso. Las versiones que acerca de esto circulaban entre nosotros eran muy contradictorias; pero la que creo y apoyo es la relativa al temor de que algunos de los nuestros se hubieran entregado á excesos y actos reprobables, sin escuchar la voz de sus jefes ni menos velar por el lustre de la causa que defendíamos, de lo cual comenzaron á dar indicios con su grito aquella de “se roba y se mata.”

El triunfo probablemente habría quedado de nuestra parte; pero alentados por esto y tal vez sin siquiera esperarlo, dadas las demostraciones que en otro sentido, aunque sólo de palabra, se habían dado ya, ¿qué habría sucedido si nuestro General en Jefe hubiera ordenado el ataque á la población? Repito que el triunfo habría sido nuestro; pero si por desgracia aquellos gritos de “se roba y se mata” se hubieran resuelto en hechos, la mancha

más negra habría caído sobre nosotros y nuestro partido tan sólo por el delito de unos cuantos. Digo esto porque reconozco la mayor honorabilidad en todos y cada uno de los jefes que mandaban nuestras fuerzas, pero posible habría sido que entre sus subordinados hubieran aparecido algunos de malos instintos que con su conducta arrojaran sobre los demás la nota más infamante. Así pués, al ordenar nuestro General en Jefe la retirada de las fuerzas que amagaban á Ameca, obró prudentemente, por más que con tal hecho se nos hubiera privado de la satisfacción de obtener un triunfo. Pero si en un sentido moralmente ganamos mucho con aquella retirada, en otro sentido moral y materialmente perdimos bastante, lo que prueba el hecho de que desde entonces fuimos cada día de mal en peor. Nuestra retirada de frente á Ameca sucedió como á principios de Junio de 1872. (13)

*
* *

—Chico, nos hemos salvado.

—¿Temías acaso una derrota?

(13) La víspera de estar frente á Ameca se nos incorporó en Cocula el General Lomelí, mandando algunas guerrillas de caballería compuestas en su mayor parte de gente perdida y de malos instintos, que fué la

—No porque el enemigo ya estaba derrotado de antemano.

—Pero si apenas se tiroteó con el nuestra vanguardia.

—Es cierto, pero fíjate en que la avanzada del enemigo fué sorprendida, y tanto, que en su precipitada fuga iba abandonando varias de sus cosas que nosotros recogimos.

que comenzó á dar el grito de "se roba y se mata;" y llevaba también como cuatrocientos hombres de infantería de buena tropa, divididos en dos batallones al mando cada uno respectivamente de los Sres. Pérez y Garivay, con el carácter de coroneles. Entre esos infantes había no pocos de los que pertenecieron al 2.^o Cuerpo del Estado que mandaba Samuel López, y que poco antes había sido derrotado en Tototlán por el General Lomelí. Cuando ya se disponía el ataque á la plaza de Ameca, el General Lomelí informó al General Galván que su fuerza estaba municionada solamente á razón de una parada por plaza. Esta circunstancia y por haberse tenido noticia de que el General Tolentino había salido de Guadalajara en persecución nuestra, é iba á marchas forzadas en auxilio de Ameca, y todo unido al temor de que algunos de nuestros soldados se entregaran á excesos y actos reprobados, vino á determinar que nos retirásemos de Ameca, determinación que fué adoptada en junta de guerra celebrada en el Camposanto de aquella ciudad; siendo entonces dispersadas todas nuestras fuerzas en diferentes columnas á fin de despistar al enemigo y lograr proveernos de municiones.—En el parte que con relación á estos sucesos rindió el Sr. Sixto Gorjón, aseguraba que la población se había visto rudamente atacada por

—Sí, ya recuerdo de aquel clarín que reclamábamos para nosotros, pero que al fin quedó en poder de los "jícamas." (14)

—Bueno; fíjate también en que el punto que de preferencia debía haber defendido el enemigo, era el paso del río, y ya tú viste que pasamos éste sin ninguna dificultad, con lo cual teníamos desde luego abiertas las puertas de la población.

—Tal vez no tendrían fuerzas suficientes para defender aquel punto.

—Como quiera que haya sido, todo esto prueba que el enemigo ya estaba derrotado.

—Entonces, ¿por qué dices que nos hemos salvado al retirarnos de la población, cuando teníamos tan seguro el triunfo?

nosotros, pero que habíamos sido rechazados con pérdidas de consideración entre muertos y heridos. Pero la verdad es que ningún ataque formal se emprendió, y sólo nuestras avanzadas se cambiaron algunos tiros con las del enemigo; y en cuanto á muertes, no tuvimos que *lamentar* más que la de un caballo que algunos decían que era del General Galván y otros que del General Lomelí. Véanse las páginas 35 y 36.

(14) "Jícamas" se les decía á los soldados que mandaba el Coronel Félix Vélez, porque este jefe tenía el alias de 'Jícama.' Conste que esto lo pongo aquí no por falta de respeto, sino porque con ese nombre popular era conocido dicho jefe, así como el Coronel Cardona, que operaba por el rumbo de Tequila, era conocido popularmente por "El Chino."

—Porque si hubiéramos entrado á la población, habríamos quedado deshonrados.

—Pues qué, ¿no era nuestra la victoria?

—Sí, pero hay victorias que son peores que una derrota. ¿No recuerdas la gritería que se levantó de entre nuestras fuerzas cuando pasábamos el río?

—Y de veras, ¿cómo gritaban los condenados! Poco faltó para que de una bofetada le rompiera la boca á un sargento que iba á mi lado, y que sin hacer caso de nuestras órdenes gritaba como energúmeno.

—Pues he ahí la razón por lo que te digo que nos hemos salvado; porque esa gritería no fué sino una demostración de los malos instintos que abrigan algunos de nuestros soldados. Si hubiéramos tomado á Ameca como es seguro que así habría sucedido, todos los que daban el grito de “se roba y se mata,” no habrían hecho otra cosa que robar y matar. La victoria que hubiéramos obtenido habría sido para ellos lo de menos, con tal que hubieran quedado satisfechos sus instintos de rapiña y su sed de sangre; y todo esto nos habría deshonrado y habría manchado la causa que defendemos.

—Dices bien; pero ¿será posible que haya entre nosotros quienes sólo aspiren á robar y matar escudados con el plan político que defendemos?

—De todo hay en la viña del Señor, pero por fortuna para nosotros pronto descubrió la oreja el lobo; y por mi parte no dejaré de alabar la prudencia de nuestro General en Jefe al ordenar esa retirada que nos ha salvado de la deshonra, por más que con ello se nos haya escapado la victoria que ya teníamos en la mano.

—Reconozco lo juicioso de tus observaciones y por eso me alegro de que no háyamos entrado á Ameca, lo cual deseábamos hacer siquiera para demostrar al enemigo que no somos de los que huyen á los primeros disparos, como descaradamente lo asegura en sus partes oficiales.

—Pues ojalá que se nos presente la ocasión de demostrarlo así para que tomemos la revancha y para rehacernos de lo perdido.

* * *

Sin embargo de nuestro entusiasmo nuestra situación iba empeorando más cada día. Andábamos completamente escasos de recursos, mal armados, peor montados, y sin municiones. Las deserciones eran frecuentes no sólo entre la clase de tropa sino también entre la de oficiales, y las demostraciones de insubordinación se presentaban de una manera alar-

1020003047

mante. (15) Citaré como una prueba de esto la intentona del Comandante Manuel Fernández, que tan cara le costó, y el desbandamiento de nuestras fuerzas encabezado por el Comandante Jesús García, todo lo cual queda ya brevemente narrado en los anteriores "Apuntes."

Sobre todo, ese desventurado acontecimiento tantas veces referido del desbandamiento de nuestras fuerzas, fué el que vino á empeorar nuestra situación ya de suyo bastante crítica; porque quedamos desde luego reducidos á la mayor impotencia, y desprestigiados ante nuestro propio partido por la falta de unión de nuestros jefes. Es cierto que todavía alentaba el entusiasmo en los pocos que quedábamos; pero ¿qué podríamos hacer en medio de

(15) Entre las deserciones de oficiales citaré la que llevó á cabo un Teniente de apellido Estrada, de Ameca. Cuando nos presentamos frente á esa ciudad, amagándola, vimos que un hombre huía salvando algunas cercas, lo que llamó nuestra atención y varios de nuestros soldados emprendieron la persecución del fugitivo. Pronto fué alcanzado, y conducido á donde nosotros estábamos con sorpresa vimos que era el mismo Estrada que poco antes se nos había desertado. Entonces el Capitán Parra, reprochándole su proceder y en presencia de varios oficiales, le dió un fuerte latigazo en el rostro. Intervinieron algunos jefes, y estos opinaron que con la afrenta que acababa de sufrir el desertor era bastante y luego lo dejaron en libertad.

semejantes circunstancias? Sin recursos, sin armas ni municiones, apenas sí dábamos señales de vida al anochecer en un pueblo para amanecer en otro, procurando esquivar todo encuentro con el enemigo; á lo que por supuesto éramos obligados por nuestro escaso número y por la carencia absoluta de armas y de municiones en que nos encontrábamos, que por lo demás demasiado valor debe concedérsenos, si se nos juzga imparcialmente, al mantener vivo el fuego de la revolución y al sostenernos en nuestros puestos bajo el peso abrumador de tales circunstancias. (16)

En tal estado todavía pudimos sostenernos por algunos días, pero poco después ya no cabía duda de que habíamos llegado al período álgido de la situación. Más que tropa parecíamos una cuadrilla de bandoleros, siempre remontados en los cerros donde nos alimentábamos con yerbas y raíces, y cuando lográbamos tener una ración de maíz ó de carne entonces era para nosotros un día de gran fiesta que celebrábamos con verdadero regocijo. Y en cuanto á haberes, básteme decir que en los

(16) Por si acaso no lo dijeren otros, me será permitido que yo mismo diga que teníamos mucho valor, por más que á cada paso temiéramos ser destruidos por el enemigo, en lo cual ciertamente ningún trabajo habrían tenido nuestros contrarios, dado el estado en que nosotros nos encontrábamos.

últimos días de aquella triste época era una fortuna que recibiésemos una miserable peseta siquiera una vez á la semana. La ropa se nos caía á pedazos; parecíamos por nuestro aspecto verdaderos mendigos, y tanto, que una vez se nos repartieron varias camisas y calzones de manta, ni más ni menos que como se hace con infelices pordioseros. Recuerdo bien que cuando se nos distribuyeron esas ropas hubo alguno que pretendía tirarlas, diciendo que mejor prefería presentarse en aquella traza, ó desnudo si era posible, porque así probaría su entereza para seguir defendiendo en aquellas circunstancias la causa que había abrazado; (17) otros, furtivamente dejaron rodar una lágrima por sus mejillas tostadas

(17) Lo fué el Capitán Antonio Zamora. Era este un buen chico de ideas liberales. Ya estaba entrado en años y pertenecía á la antigua escuela como militar. Nos decía haber seguido la carrera de las armas desde muy joven, militando siempre en el partido liberal. Nos decía también haber sido de los prisioneros hechos por los franceses en Puebla, y en ratos de buen humor nos platicaba sus sufrimientos y aventuras en Paris y otras ciudades de Francia, todo salpicado con ocurrencias y dichos picantes que nos hacían desternillar de risa. Nos lo tomaron prisionero, en Amacueca, en un estado tal de miseria que por su aspecto causaba lástima. En 1873 lo ví en Tepic, empleado como escribiente en la mayoría de uno de los cuerpos que entonces hacían la campaña contra Lozada.

por el sol, al endosarse aquellas prendas. Y en cuanto á nuestros caballos, eran éstos unos verdaderos matalotes, de los cuales en general bien podía decirse que estaban como los chalecos viejos: necesitaban espalda nueva. Tal era el estado que á última hora guardábamos los pocos que quedábamos de aquel grupo que seconoció con el nombre de la "Legión de Honor," en razón de haber estado compuestos por puros jefes y oficiales. (18)

* * *

—Chico, ¿qué deduces de todo esto?

—Que se ha cumplido exactamente todo lo que te dije cuando bajamos del cerro, poco después de habernos pronunciado en San Agustín.

(18) Para muchos parecerá exagerada la narración que aquí hago, pero apenas sí es muy débil comparada con la realidad. Por fortuna existen todavía varios jefes y oficiales que pertenecieron á las fuerzas que en aquella época defendían en el Sur de Jalisco el Plan de la Noria, y ellos pueden certificar la verdad de lo que digo. Además, creo que al mismo Sr. Presidente de la República General Porfirio Díaz le consta todo esto, porque en 1876 tuve oportunidad de ver una carta que cierto conocido jefe mandaba á dicho General Díaz, en la que le recomendaba al Comandante Julián López, el mismo á quien me refiero en la segunda parte de estos Apuntes y Recuerdos; y en esa carta el jefe que

—¿Te referes á tus pronósticos relativos á los trabajos y miserias en que nos habríamos de encontrar?

—Precisamente, pues ya tu vez que todo se ha cumplido, y eso que todavía no llegamos al final de la jornada.

—¿Esperaremos algo más?

—No lo dudes, porque dado el estado que guardamos posible es que nos sobrevengan cosas peores.

—¿Y si cambiara nuestra situación?

—Sería un milagro, pero la época de los milagros ha concluido ya hace tiempo.

—Pues á mí mi corazón me dice que al fin nos hemos de ver triunfantes, y que todos estos trabajos y sufrimientos concluirán con ese

la escribía recordaba al General Diaz algunas de las vicisitudes de la campaña, y entre otras cosas le decía textualmente lo que sigue: "Por señas de que me dió Ud. una camisa al separarnos al pie del Ceboruco." Y bien se comprende que cuando el mismo jefe superior daba al subordinado algo de sus ropas de uso, esto no ha de haber sido porque el primero encontrara al segundo muy flamante que digamos en materia de vestidos, recursos pecuniarios, etc.—Como ya queda dicho que ese grupo ó pequeña corporación que se llamó "Legión de Honor" la componíamos puros jefes y oficiales, bien se deja comprender que todos y cada uno teníamos que hacer el servicio de tropa; y era de vernos, verdaderos desarrapados, con el fusil al hombro haciendo nuestros cuartos de centinela, ó faginas, etc.

triunfo, y nos serán justamente recompensados.

—A mí también me dice el mío que triunfará nuestro partido; pero presumo que nosotros nada tendremos del triunfo de nuestra causa, si no es la satisfacción de haberla servido.

—¿Quiere decir esto que nosotros ninguna recompensa tendremos por tantos sufrimientos y miserias?

—Lo que esto quiere decir es, que no debemos abrigar ninguna esperanza con respecto á eso.

—¿Por qué?

—Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.

—No comprendo.

—Pues nada más fácil de comprender; porque ya se ha visto que triunfante una causa ó una revolución, los que más la combatieron son los que al fin quedan mejor, reconociéndoseles sus grados ó empleos y aun dándoseles otros mejores.

—¿Cómo es eso?

—Del modo más sencillo. Cuando los contrarios ven la cosa perdida para ellos, luego se pasan al partido que está para triunfar, resultando de la noche á la mañana como sus partidarios más acérrimos, y aun atribuyéndose el triunfo, porque algunos suelen decir

que si no hubiera sido por ellos la causa no habría triunfado. (19)

—¿Y los que desde un principio abrazaron ese partido, exponiéndose á toda clase de sufrimientos y aun á la muerte?

—Esos en su mayoría quedan como olvidados ó condenados á una rigurosa expectativa, esperando un empleo que raras veces se les confiere.

—¡Hombrel

—Ya lo verás, si logramos salir con vida de nuestra presente situación

*
* *

Al fin, por una de tantas alternativas de aquellos días, nos encontramos solos el Te-

(19) Por más que esto me sea feo y aun doloroso decirlo, sin embargo ya es un hecho recogido por la historia y que nadie podrá poner en duda, la circunstancia bien sabida de que en los últimos días de la revolución encabezada por el General Díaz hubo cuerpos y brigadas que, por ejemplo, hoy pasarán revista bajo las banderas del Sr. Lerdo y al siguiente día se declararán "Porfiristas," al saberse que el General Alatorre había sido derrotado en Tecuac por el General Díaz; y aun hubo divisiones enteras que en un mes reconocieran á tres gobiernos diferentes: el de Lerdo, el de Iglesias y el de Díaz.—Véase *El Pabellón Mexicano*, Guadalajara, año de 1877.

niente Lorenzo González (20) y el que esto escribe, bajo las órdenes del Comandante Ignacio Delgado. Este jefe era del pueblo de San Juanico, inmediato á Amacueca, en donde tenía algunas propiedades, y en una de ellas permanecimos ocultos algunos días, después de haber andado otros pocos á salto de mata por cerros y barrancos.

Nuestro nuevo jefe se había ido no sabíamos para dónde, y nosotros quedamos, como antes he dicho, ocultos en una de sus propiedades. Tal situación nos era en extremo bochornosa, porque estando ocultos en cuevas y barrancos hacíamos bonitamente el papel de salteadores de caminos, y tomándonos como tales cualquiera tenía derecho de matarnos como á perros. (21) Por otra parte, pa-

(20) Por algunos documentos que me ha enseñado este compañero y buen amigo, vengo en conocimiento de que fué ascendido á Capitán, sin embargo de que cuando pasamos juntos algunos días al final de la campaña, se le conociera como Teniente. Actualmente ya es casi un anciano decrepito, y permanece como yo completamente aislado y en la miseria, sin otra recompensa por sus servicios que la satisfacción de haberlos prestado á una causa que todavía creemos justa. Perteneció primero al cuerpo de caballería que mandaba el Coronel Macario Pérez, y después á la corporación ó grupo que se conoció por la "Legión de Honor."

(21) Ya otra vez, cuando comenzó la campaña, los que nos pronunciamos en San Agustín tuvimos que ver-

saban los días y el jefe no volvía, y por lo tanto ignorábamos por completo lo que habría sucedido al resto de nuestras fuerzas; así es que resolvimos arriesgar el todo por el todo, y después de escribir con lápiz en un pedazo de papel una pequeña disculpa dedicada al jefe, cuyo escrito dejamos en la entrada de la cueva donde estábamos ocultos, (22) emprendimos la marcha á la ventura, con el objeto de presentarnos con el primer jefe de fuerzas pronunciadas que encontrásemos en nuestro camino. Naturalmente que esta mar-

nos ocultos entre montes y barrancos, pero ciertamente que entonces por nuestra traza no parecíamos saltadores de caminos. Sin embargo, por lo que se refiere á mí, creo que en este caso bien puede decirse aquello de "tal principio tal fin." ¡Cuán exactamente se cumplieron los pronósticos de mi compañero, cuando sentenciosamente me decía: "Esto no es sino el principio de lo que por nosotros va á pasar!" Y por lo visto, lo que al final pasó por nosotros fué todavía peor que lo del principio.

(22) El día lo pasábamos en una cueva que había en una pequeña elevación inmediata al pueblo, y en la noche bajábamos á dormir entre los matorrales de la huerta propiedad del jefe. Hasta entonces se nos daba por alimento una pequeña ración de frijoles cocidos sin manteca, y unas cuantas tortillas. No supimos si esta miserable pitanza que recibíamos cada veinte y cuatro horas, se nos suministraría por orden del jefe ó si sería un obsequio que nos hacían los buenos labriegos que cuidaban la huerta.

cha encerraba para nosotros no pocos contratiempos y dificultades, puesto que la hacíamos sin siquiera saber de antemano á dónde podríamos dirigirnos, por ignorar el rumbo que habrían tomado los nuestros, por una parte, y por otra, era muy fácil que en nuestro camino fuésemos encontrados por alguna fuerza enemiga, con lo cual queda dicho cuál habría sido entonces nuestra suerte; y lo que es más, íbamos sin un centavo en la bolsa. Al fin después de dos días de trabajos, fatigas y miserias, caminando más de noche que de día, logramos incorporarnos á la fuerza que mandaba el Coronel Félix Vélez, y á poco nos encontramos con otras en Cocula.

Pero luego pudimos notar que todas esas fuerzas estaban hasta por demás reducidas en su número. El famoso cuerpo aquel de los "jicamas" que poco tiempo antes se pudo ver en alta fuerza, apenas sí contaba á última hora con unos cuantos individuos de tropa; y lo mismo podía decirse de las otras fuerzas allí reunidas. Todos los jefes, oficiales y tropa, cual más cual menos, nos encontrábamos con el semblante demacrado por las privaciones y los sufrimientos, y en un lastimoso estado en cuanto á nuestra indumentaria. Allí fueron disueltas las fuerzas pronunciadas, después de haber depuesto sus armas, porque habiendo muerto hacía poco el Sr. Juárez esta

circunstancia naturalmente venía á poner fin á la contienda, ó á lo menos á establecer una especie de próroga para tratar de otro modo que por las armas la cuestión pendiente, viéndonos por esto obligados los "Porfiristas" á plegar nuestras banderas, siquiera fuera temporalmente. (23)

Después de recibir de nuestro General en Jefe los certificados de nuestros servicios, mi compañero Lorenzo González y yo nos dirigimos á Guadalajara en donde nos retiramos á la vida privada, tranquilos y satisfechos, observando de lejos los nuevos acontecimientos y listos para cuando nuestro jefe y caudillo, cuya simpatía seguía imperando en nosotros, nos llamase nuevamente para empuñar las

(23) El desarme de las fuerzas pronunciadas tuvo lugar, como ya queda dicho, en Cocula, á mediados de Agosto de 1872, y el comisionado para hacer la entrega de las armas lo fué el Coronel Prisciliano M. Benítez, previa la orden superior de nuestro General en jefe, encontrándose presentes en aquel acto solemne con relación á nuestro partido, el General Pedro A. Galván, Coronel Félix Vélez, Joaquín Morelos y otros jefes. Entiendo que fueron muy pocas las armas que se entregaron á los comisionados del gobierno, porque los jefes antes citados, muy particularmente el Coronel Benítez, obrando prudentemente ó por lo que pudiera suceder, ocultó la mayor parte de ellas, las que probablemente sirvieron en la segunda época de la revolución, ó sea cuando lo del Plan de Tuxtepec.

armas en defensa de la causa que habíamos abrazado.

*
*
*

Cerraré esta primera parte de mis Apuntes y Recuerdos poniendo á continuación el certificado que de mis servicios en aquella época me extendió el General Galván, y esto lo hago para mi propia justificación. Dice dicho documento:

"Ejército Popular Constitucionalista.—División de Jalisco.—General en Jefe.

"PEDRO A. GALVAN, General en Jefe de la expresada, certifico: Que el C. Teniente de Caballería José M. R. Landa prestó sus servicios en las fuerzas de mi mando desde el día 3 de Mayo del presente año hasta el 24 de Julio del mismo, y en toda esa época tanto su conducta civil como militar fué satisfactoria.

"Y á pedimento del interesado le extiendo el presente en Cocula, á 12 de Agosto de 1872.—
P. A. GALVAN."
